



CH



COSLOVAQUIA, HOY

A la izquierda, la antigua iglesia de Týnt; arriba, la plaza de San Wenceslao, centro de Praga, ambas iluminadas con motivo de las últimas fiestas nacionales.

Hace unos meses, los técnicos comerciales del Estado, funcionarios del Ministerio de Comercio español, don Luis de Velasco Rami y don Juan Antonio García Díez, visitaron, en un viaje de estudios y turismo, la República Checoslovaca. A continuación les ofrecemos las impresiones de este viaje, relatadas con rigor, claridad y objetividad.

entre la curiosidad de occidente y la reforma económica

HAN pasado ya los tiempos en que cruzar el telón de acero parecía una aventura peligrosa, pero aún hoy no es tan corriente hacerlo que no se sienta, al dejar atrás la próspera, limpia y aséptica República Federal alemana y entrar en Checoslovaquia, una mezcla de un mucho de curiosidad y un poco de inquietud.

Los campos verdes y suaves, el cielo azul pálido, los bosques, son los mismos, pero estamos ya en el otro mundo, un mundo que se nos ha mos- **SIGUE**

DATOS SOBRE "C. S. S. R."

- Superficie: 127.870 kilómetros cuadrados (Bohemia-Moravia: 78.861 kilómetros cuadrados; Eslovaquia: 49.009 kilómetros cuadrados).
- Población: (1966) 14.274.000 habitantes.
- Ciudades principales: Praga (1.025.240 habitantes), Brno (329.634 habitantes), Bratislava (271.650 habitantes), Ostrava (264.635 habitantes), Plzeň (141.299 habitantes), Kosice (105.987 habitantes).
- Forma de Gobierno: República Socialista. La soberanía se encarna en los siguientes cuerpos representativos, la Asamblea Nacional, el Consejo Nacional eslovaco y los comités nacionales, elegidos por sufragio.
- Los tres órganos de Estado supremo son: Asamblea Nacional (una cámara), el Presidente de la República (elegido por la Asamblea por un período de cinco años. El actual Presidente es A. Novotny, reelegido en 1964) y el Gobierno (que lo integran el Presidente del Consejo, que no es el de la República, cinco Vicepresidentes y los Ministros).
- Otros datos: Existen 109 mujeres por cada 100 hombres. En 1966 hubo 116.000 matrimonios y más de 19.000 divorcios. La tendencia en ambos apartados es creciente.

La nacionalidad checa abarca un 65 por ciento de la población, la eslovaca, el 29 por ciento. El resto incluye nacionalidades polaca, húngara, alemana y otras varias.

La composición social de la población es como sigue: obreros, 58,1 por ciento; empleados, 29,2 por ciento; miembros de las cooperativas agrícolas, 8,6 por ciento; artesanos-cooperativistas, 1,2 por ciento; agricultores que explotan sus tierras, 2,5 por ciento; profesiones liberales, 0,1 por ciento; artesanos y otros oficios, 0,3 por ciento.

La población activa es el 45,3 por ciento del total, de la cual un 44,8 por ciento son mujeres.

El ciudadano checo consume por año 64 kilos de carne (incluyendo el pescado), 75 kilos de pan, 40 kilos de azúcar, 170 huevos, 100 kilos de legumbres, 50 kilos de frutas y 100 litros de leche.

Más de tres millones de aparatos de radio y más de dos millones de televisores.

Y hay un médico por cada 485 habitantes.



Arriba, dos generaciones, padres e hijo, por una calle de Praga. Abajo, un puñado de muchachos se entretiene deportivamente. Los mayores tuvieron que sufrir duras pruebas desde el año 1948 e, incluso, antes. Las nuevas generaciones se han encontrado muchos problemas resueltos y, naturalmente, la vida les es mucho más fácil.





La escolaridad elemental es obligatoria. Son muy abundante los jardines para la infancia. He aquí a un grupo de niños a la salida de uno de estos establecimientos.

trado como frío, triste, oprimido, pero que en nuestra experiencia —limitada, es verdad— va a perder estos contornos tan claros para mezclar lo blanco y lo negro en un conjunto en el que —como ocurre en cualquier parte— lo bueno y lo malo no se pueden separar.

La Europa socialista está de moda. De moda en Francia, en Alemania, en Italia. Incluso en España. El Este ofrece playas y sol, buenos precios —si es que uno consigue no embrollarse demasiado con los diversos cambios—, arte, bellos paisajes, una ligera —y falsa— sensación de aventura y algo que ya no se encuentra por aquí: la agradable sensación de ser considerado por los naturales del país como un ser extraño y que vale la pena conocer.

Nosotros cedimos también a la tentación. Praga nos había atraído más que la Costa Brava, y por eso acabábamos de cruzar despacio —muy despacio, pues habíamos en-

trado en contacto con la lentísima burocracia checa— la frontera, para una estancia de cuatro semanas en Checoslovaquia y Hungría.

Inevitablemente llevábamos en la cabeza un esquema de lo que íbamos a encontrar. Esquema mental formado por lecturas, películas, noticias, opiniones, etc., y en el que en muchas ocasiones no conseguiríamos encajar la realidad. También una serie de preguntas para las que queríamos encontrar respuesta. Aquí trataremos de recoger algunas de esas respuestas, tal como nosotros las encontramos, a sabiendas de que la falta de tiempo, los problemas de idioma, nuestros propios prejuicios, las convertirán siempre en superficiales y quizá, a veces, equivocadas.

Las preguntas son las que todos nos hemos formulado al pensar en los países del Este. ¿Cómo viven? ¿Hay coches, salas de fiestas, alegría en la gente? ¿Se nota una abrumadora presencia de la policía? ¿Qué

piensan, políticamente? ¿Cómo es la juventud? ¿Qué ocurre con la economía, con la maquinaria económica de la que en Occidente se dice, con una total ignorancia, que parece volver al capitalismo? Las respuestas, lo repetimos una vez más, nacieron en la calle, en oficinas, en conversaciones con funcionarios, con universitarios o con mecanógrafas.

La carretera que, de la frontera y pasando por Pilsen —la ciudad Skoda, fea, industrial—, lleva a Praga es desde luego la primera señal del cambio de mundo; ya no estamos en la Europa opulenta de las autobahns alemanas, sino evitando los baches de lo que recuerda a una carretera española de segundo orden —y aquí aparecerá una sensación que nos acompañará durante todo el viaje—; salvadas las naturales diferencias impuestas por el clima, el paisaje, la raza, muchas veces pensaremos en la España de los primeros años

cincuenta, con las mismas escaseces, las mismas dificultades para conseguir ciertos artículos, el mismo aspecto, llamémosle destartado, de la Administración y de los Servicios públicos. Pero al entrar en Checoslovaquia aparece también algo que es muestra de uno de los aspectos más positivos de la vida del país: el deporte, por todas partes.

Bosquecillos y lagos salpican el camino, y en ellos vemos, en el tranquilo atardecer, gente de todas las edades que se baña, hace gimnasia, corre. Checoslovaquia es un país de deportistas: gimnastas, futbolistas, atletas. No será extraño que un alto funcionario de una empresa estatal de comercio exterior se nos queje de que sus muchas ocupaciones sólo le dejan dos horas diarias para jugar al tenis. Checoslovaquia es, en suma, un país de deportistas. Piénsese que, por ejemplo, en la última Spartakiada (1965) in-

SIGUE

Una boda. Los nuevos esposos acaban de abandonar la iglesia de San-Tynt, en Praga, uno de los templos más antiguos.

tervinieron 750.000 gimnastas. Naturalmente, este amor al deporte no se improvisa ni repentiza, sino que es el fruto de un sistema de educación y una constancia.

En el corazón de Bohemia, en el corazón de Europa, se encuentra Praga, sin duda alguna, una de las más bellas ciudades del mundo. Nacida de la fusión de una serie de aldeas fortificadas que las primitivas tribus eslavas levantaron en las colinas que bordean el Moldava, y del desarrollo en la Edad Media de una serie de barrios relativamente autónomos, Praga ofrece una sorprendente mezcla de río, puentes, colinas y bosques, salpicada de torres que le han hecho merecer el nombre de «la ciudad de las cien torres». Al pasear por las calles se encuentran abundantes recuerdos de todas las etapas importantes de su historia —por lo demás bastante movida—, pero, sobre todo, se encuentra una Praga gótica y barroca, de un gótico y barroco centro-europeos, que el viajero puede muy difícilmente olvidar. Pero cualquier guía nos puede decir lo que en Praga hay que ver, desde la casa en que nació Kafka, hasta la bellísima iglesia de Nuestra Señora de Tynt o hasta el brumoso cementerio judío. A nosotros nos interesa sobre todo hablar, no de la ciudad histórica, sino de la actual, de la capital de un estado de 14 millones de habitantes.

Praga es una ciudad pequeña, con un millón de habitantes agrupados en una superficie relativamente reducida. Y eso es, desde luego, una ventaja para el visitante, que puede comprender rápidamente la estructura de la ciudad, y saber dónde debe buscar cada cosa. El centro de la ciudad es la plaza de San Wenceslao, los Campos Elíseos de la Europa Oriental, donde se encuentran los grandes hoteles, las diversiones y el gran comercio.

Y la primera impresión que nosotros recibimos, la tarde en que llegamos, fue que por todas partes hacían falta más bombillas y una mano de pintura. La ciudad parece descuidada, con pocos anuncios luminosos y con escaparates un poco mortecinos, pero no especialmente triste. Las terrazas de los hoteles de la plaza de San Wenceslao están llenas de extranjeros, y frente a ellos pasean incansables los checos, frecuentemente con grandes carteras en la mano y, eso sí, por lo general bastante mal vestidos, con ropas cuya calidad no parece muy buena y cuyo corte y colorido es francamente feo. Por supuesto, hay excepciones, sobre todo entre la juventud; abundan las minifaldas e incluso se puede encontrar algún ye-yé con su melena y sus pantalones de flores.

Pero no parecen tristes. Si, hay una tristeza, pero está en el ambien-

te físico, en el color del cielo, en el paisaje, en el clima, que no es muy diferente de la que se puede encontrar en cualquier ciudad del Norte de Alemania. El ser ciudadanos de este estado no se refleja en ellos en una sensación especial de opresión —por supuesto hablamos de hoy, pues no conocemos la Praga stalinista—, sino más bien de una desmedida curiosidad por lo occidental, que se nota especialmente entre la gente joven y que les lleva a detenerse ante los automóviles extranjeros y a mirar casi impertinentemente la ropa de corte occidental.

¿Y cómo viven estos checos curiosos y, por lo general, amabilísimos —quizá debido a esta misma curiosidad— con el extranjero? La plaza de San Wenceslao, ya lo hemos dicho, es el centro comercial de la ciudad. Podemos entonces dar una vuelta para mirar escaparates y ver precios y compararlos con los de nuestro país. Pero, ¡qué difícil es esta comparación! Porque, ¿cuánto vale una corona? El tipo de cambio comercial es el de 1 dólar = 7,15 coronas. El turista recibe al cambiar oficialmente una bonificación del 125 por ciento, formándose de este modo un nuevo tipo de cambio, el turístico. Y por fin, el tercero, el del mercado negro. En el mismo se pueden obtener de 30 a 35 coronas por un dólar. Todo turista que entra en el país viene obligado a cambiar como mínimo tres dólares por día, cifra que deja amplio margen para que el mercado negro actúe. Los checos obtienen de este modo las divisas que necesitan para viajar a los países occidentales. Es una situación similar a la de nuestro país antes de 1959 y responde a una escasez de medios de pago extranjeros. De este modo, todo este barullo de tipos de cambio dificulta enormemente las comparaciones de los precios. Podemos tomar el tipo de cambio turístico (1), es decir, 1 corona = 3,73 pesetas. Pues bien, con este tipo de cambio puede apreciarse, desde luego con algunas reservas, ya que no hemos hecho una investigación seria sino simplemente observar los precios de mercancías al detall, que los precios de la carne son, en general, parecidos a los de nuestro país. En cambio son más caras allí las frutas y hortalizas y más baratos la leche y productos derivados. En general, el componente alimentación del índice de coste de vida es más caro en Checoslovaquia. Como dato curioso, cuesta más un whisky en un bar de un hotel que comer en un sitio medianamente lujoso. Los precios del vestido son también superiores en Checoslovaquia, dentro, además, de una calidad peor a la nuestra y una menor variedad de artículos. En cambio, las rentas de las viviendas son

SIGUE

(1) Anterior a la devaluación.

CHECOSLOVAQUIA

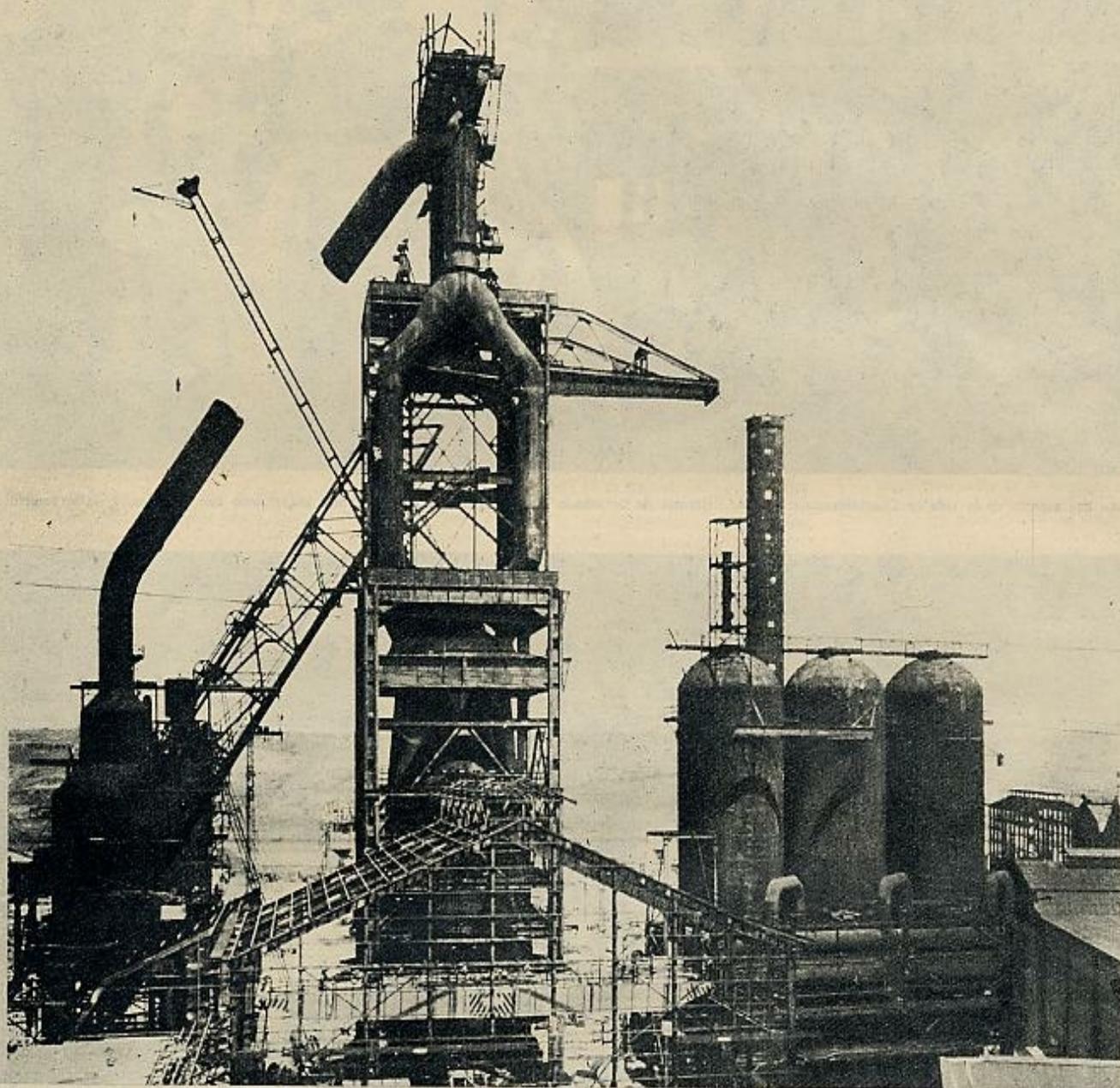


Estos son dos aspectos de la vida en Checoslovaquia: arriba, visitantes de un museo. Abajo, un grupo de estudiantes escuchando una conferencia en un centro cultural.



próxima INAUGURACION

DEL MAYOR HORNO ALTO DE ESPAÑA



ALTOS HORNOS está dando fin, en Sestao, a la construcción del mayor Horno Alto de España, con una producción diaria de 2.000-3.000 Tm de arrabio. Esta capacidad le sitúa como uno de los mayores hornos altos del mundo

UNA REALIZACION MAS DEL PLAN DE EXPANSION DE



Altos Hornos de Vizcaya S.A.

mucho más elevadas en Occidente, ya que en Checoslovaquia el alquiler más general es de 400 pesetas al mes. Dentro de la escasez de viviendas, el reparto de las mismas parece equitativo, lo que hace que la dimensión de las mismas sea pequeña: aproximadamente 65-70 metros cuadrados. Desconocemos cuáles son los gastos en electricidad, gas, agua, etc.; los transportes públicos son más baratos que en el Oeste, como también lo son las bebidas y, en general, todas las consumiciones en bares y tabernas. La enseñanza, como luego veremos con más detalle, es gratuita.

Según datos oficiales, los salarios mensuales en 1966 estarían estructurados en las siguientes categorías (en coronas y porcentajes de población):

Hasta 600	0,3
601 a 1.000	12,9
1.001 a 1.400	31,5
1.401 a 2.000	38,4
2.001 a 3.000	15,3
3.001 y más	1,6

Así el salario medio estará situado entre 1.000 y 2.000 coronas, es decir, al cambio turístico entre 3.730 y 7.460 pesetas. En Checoslovaquia, nos decía un amigo nuestro, hay diferencias muy grandes. Mientras unos ganan menos de 500 coronas al mes, hay otros que ganan 10.000 coronas.

Componentes del índice de coste de vida y salarios. Así, ¿es alto o bajo el nivel de vida? Desde luego, decir que el nivel de vida es tal o cual carece de significado. Hay que hablar del nivel de vida de tales o cuales personas. Pero dentro de esas dificultades de comparación, lo que está desde luego claro es que el bienestar del pueblo checo es hoy superior al de hace algunos años. Tienen a su disposición más bienes de consumo y mejores. Tendencia que se confirma y acentúa en el actual Plan Quinquenal. Han pasado los tiempos en que los extranjeros que tenían tabaco americano o unos bluejeans eran verdaderos reyes. Aunque hoy todavía el tener vales para comprar en Tuzex (tiendas donde, mediante estos vales, que se obtienen pagando en divisas, se compran artículos de importación) es algo muy importante.

Pero, ¿hay alguien interesado sinceramente en construir la sociedad socialista? Hemos hablado con algunas personas sobre este tema. Unos de ellos, de edad media —aproximadamente de 40 a 50 años—; otros, mucho más jóvenes —de 18 a 25 años—; les hemos hecho muchas preguntas y creemos que nos han dado su opinión sincera. Los de más edad conocen naturalmente más a fondo, porque lo han vivido, todo el transcurso de su país, desde 1948 e incluso antes. En todos ellos una afirmación unánime: hoy se vive mejor



Una vieja calle de Kafka bajo la lluvia. Abajo, en los cafés, terminado el trabajo, la clientela charla o se entretiene leyendo las ediciones de los periódicos.



CHECOSLOVAQUIA

que antes. Y, sobre todo —en esto insisten mucho—, la juventud tiene una serie de problemas resueltos, cosa que antes no ocurría. Piénsese, por ejemplo, en el sistema de escolaridad, elemento tan importante en el bienestar económico y social de un país. La escolaridad elemental es obligatoria desde los 6 a los 15 años y gratuita. También son gratuitos los niveles de enseñanza secundaria, superior y profesional. Y desde el 1 de septiembre de 1960, los alumnos reciben gratuitamente los libros y material escolar. Este sí es un paso muy importante para una auténtica igualdad de oportunidades.

Piénsese también en el gran número de instalaciones deportivas y clubs —abiertos a todos— que permiten la práctica del deporte, elemento primordial en la educación física y moral de todo el país. Y en el decidido fomento de la cultura a través de numerosas bibliotecas, clubs culturales, museos y galerías, teatros, cines. En suma, un concepto de ocupación del ocio particularmente diferente del que impera en otras partes.

La juventud comprende todas estas ventajas. Pero también señala desventajas —excesivo poder del funcionario, del partido, problemas de libertad de expresión, excesiva dependencia, por parte del partido, de la URSS— y en gran parte se inclina a un sistema mixto, a un híbrido de socialismo y capitalismo. Se sienten atraídos por el aspecto exterior del capitalismo. Y, ¿qué duda cabe que es más brillante que el de los países socialistas! Desde luego, en Checoslovaquia hay coches, aunque no tantos ni tan bonitos como en los países occidentales. No hay tampoco bares tan lujosos como los hay en Madrid, París o Berlín, pero tenemos la impresión de que en cualquier bar de los que haya puede entrar cualquier ciudadano sin complejos ni conciencia de estar en un lugar no apropiado —o tolerado— para él. No hay tampoco ostentosos teatros ni cines, pero hay un auténtico amor a los mismos y a las obras de verdadera calidad. No hay tantos anuncios luminosos, pero hay muchas librerías. Es, lo hemos dicho antes, un concepto diferente de la educación y de la formación humana. No obstante, es natural que al menos una parte de la juventud se sienta muy atraída por el escaparate occidental.

Pero es que, además, esta juventud tan atraída por Occidente no parece tener sino un conocimiento muy superficial de lo que la atrae. A

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Pablo VI en la POPULORUM PROGRESSIO— de que «el hombre supera infinitamente al hombre». En él es donde se halla —en esa lucha por el bien de los otros— esa experiencia moral superadora, en la que «se ha encontrado con Dios, absolutamente lejano como abismo insondable; e irrevocablemente presente, como el rostro del hombre individual, concreto» (P. Manzana, «El ateísmo contemporáneo»).

Y pienso también como el Padre Louis Bouyer, que «la sola actividad de la inteligencia razonadora no puede llegar con seguridad a término si se aisla de una experiencia humana completa» («La Iniciación Cristiana»). Es en la experiencia integral del hombre como hombre donde se manifiesta lo absoluto en mi vida.

Pero pido coherencia para esta experiencia interpersonal, que es la experiencia moral, generosa, desprendida y abierta hacia una humanidad mejor.

En eso quiero ser tan minucioso, tan quisquilloso, incluso, como el mejor científico. Y nadie mejor que el famoso astrofísico Sir Edmund Whittaker ha expresado esto que exijo para mí mismo, y que exigen muchos ya en su creencia de Dios: «para un científico sus experiencias son un elemento primario, y sus concepciones científicas (como son los electrones o los genes) son el resultado de un esfuerzo por relacionar entre sí dichas experiencias, formando con ellas un conjunto ordenado y satisfactorio. Sin embargo, el científico no es el único orden posible: hay otros que producen resultados de coordinación tan satisfactorios... Dios es —por eso— el principio integrador que da coherencia a toda realidad, a las leyes científicas, a las creaciones artísticas y a las experiencias personales de carácter religioso que son auténticas» (Revista ENDEAVOUR, 1954).

Por eso mismo que Dios es el amor que da coherencia a todo, creo que más representativo de Dios que las cosas materiales, son los hechos transformadores, renovadores del mundo.

En ese rostro humano que trabaja, o lucha, con la mirada puesta en el futuro de los hombres, se manifiesta Dios; porque «el rostro del tú humano, es el rostro manifiesto de Dios» (profesor Manzana, o. c.). Y pienso con San Juan, como con los teólogos del Dios ha muerto, que el único visible amor y servicio a Dios es el amor y servicio al hombre.

Y no quiero ampararme en la Providencia para dejar de hacer lo que debo, que es entregarme a reconstruir o a crear, en pro de los hombres, este mundo demasiado salvaje, que ha estado a veces dominado por hombres religiosos. Porque creo que «quien quiera ser cristiano ha de saber que no ha de esperar de la religión ventaja alguna de orden temporal, que no conseguirá más éxito en lo que emprenda, y que no estará más resguardado, que el que no lo sea, de los accidentes o del sufrimiento» (A. Valeusin, «Catecismo para instruidos»). Me pregunto —como el tomista que fue el Padre Sertillanges, O. P.—: «¿se puede hablar —fuera del orden de la otra vida— de la paternidad de Dios? ¿O bien tiene uno que contentarse con hablar de la maternidad de la naturaleza?» («Le philosophie morale de Saint Thomas»). No creo que hay una providencia natural de tipo antropomórfico: sólo hay unas leyes de la naturaleza física, que están en manos del libre albedrío humano, y que es el hombre el que debe hacerlas verdaderamente providentes en este mundo.

Quisiera también ser yo «de aquellos que progresan escribiendo, y escriben progresando», y por este motivo me digo a mí mismo que cuando «hablamos de Dios, ¿qué extraño es que no lo comprendas?, porque si lo comprendes ya no es Dios». Nunca me puedo olvidar que «Dios es innominable» (San Agustín, Comentario Salmo 85).

Y al designar eso que todo hombre recto y justo persigue como algo absoluto en su vida, yo me digo que de algún modo es Dios. Pero quisiera, no obstante, ser de los que forman parte de la «gente inteligente que no se preocupa por los nombres», como decía Santo Tomás (Libro II Sent, III, 1, 1): «eso es lo que les pasó a los hebreos con el nombre innominado de Yahvé, porque a ellos y a todo creyente el Dios verdadero no da a conocer su nombre» (B. Couroyer, O. P., «Biblia de Jerusalén»).

Por eso me sobran algunos tomos de teología natural o filosofía, que quieren analizar por menudo lo que es Dios, y sólo suministran una figura deformada, a la pequeña altura de estrechas mentes, con toda suerte de atributos y cualidades imprecisas; en una palabra, no creo en ese Dios antropomórfico que deja insatisfecha mi inteligencia, como le pasó al filósofo y matemático católico Edouard Le Roy, ayer condenado y hoy revindicado, pues todos decimos lo mismo que él intentó expresar —con mayor o menor precisión— en su libro «Le problème de Dieu».

EDUARD CAPEK



Los viejos almacenes de herrajes o antigüedades atraen la atención de un turista, en Kafka. El turismo ha aumentado considerablemente en los últimos años.

CHECOSLOVAQUIA

(Viene de la página 25)

un joven de unos veinticinco años, director-presentador de grupos de jazz, le hemos oído decir: «No soy socialista, pero tampoco puro capitalista; me gusta un capitalismo progresista, como, por ejemplo, el de Estados Unidos». Hay, nos ha parecido, una gran ignorancia política entre parte de la juventud, lo que en un pueblo de tan elevado nivel cultural sólo puede explicarse por falta de interés. Y creemos que esta falta de interés tiene también una explicación. El pueblo checo se siente extremadamente orgulloso de su nacionalidad, pero no tanto de su revolución, debido, pensamos, a que en esta revolución él no ha tenido parte muy activa. Con la excepción de Eslovaquia y a pesar de episodios tan trágicos como la destrucción de Lidice, Checoslovaquia no desarrolló una resistencia especialmente activa frente a la ocupación alemana. Así, la revolución no fue, como por ejemplo en Yugoslavia, algo espontáneamente nacido a través de la toma de conciencia de un pueblo en lucha. Fue la actividad consciente de una minoría apoyada por el Ejército Rojo la que instauró el socialismo en Checoslovaquia no contra el pueblo, pero sí, en gran parte, sin el pueblo.

Puede que sea algo aventurado generalizar así, afirmando que desde el primer momento haya existido una falta de contacto entre el partido y la base popular, pero creemos que, hoy día, la sensación de que esa separación existe, llama poderosamente la atención del extranjero interesado por los problemas políticos del país. Parece ser un hecho que para el checo medio el Gobierno y el partido son un mítico «ellos» (y esto toma especial significado en la ciudad de Kafka, donde el Presidente de la República vive en su enorme —y bellísimo— castillo que domina Praga).

Esta separación, en gran parte también herencia, como en el resto de la

Europa socialista, de la era staliniana, puede haberse visto acentuada en los últimos años por la crisis económica que el país ha atravesado.

No se trata de una crítica —que no nos interesa ni hacer, ni no hacer— al socialismo como sistema, el denunciar los fallos de la planificación tal como ésta se ha aplicado efectivamente en los países de Europa Oriental. Estos fallos se relacionan sobre todo con la creciente complejidad de dirigir de una forma totalmente centralizada una economía a medida que su grado de desarrollo y su dependencia del comercio exterior se hacen mayores. Por ello, un sistema que hasta hace poco fue tan beneficioso para la Unión Soviética, y que quizá aún es útil a Rumania o a Bulgaria, no ha aportado tantos beneficios a una economía como la checa, que ya en 1948 tenía un elevado grado de desarrollo y de dependencia con el exterior.

Hoy Checoslovaquia se encuentra embarcada en una ambiciosa reforma económica, que se basa en una creciente racionalidad en el cálculo de los costes de producción, en un mayor peso del mercado —y a través de él de los consumidores— en la determinación de las prioridades económicas y en una mayor flexibilidad en el funcionamiento del aparato del comercio exterior. La reforma será dura y difícil, pero bajo su influencia, y bajo la mayor liberalización política que —con excepciones— parece estar ya en curso y que, sin duda, deberá acompañar a la puesta en marcha de una economía más flexible, es probable que el aspecto de Checoslovaquia cambie profundamente en los próximos años, acercándose a más confortables niveles de vida.

LUIS DE VELASCO RAMI
JUAN A. GARCIA DIEZ

Fotos: VITTORUGO CONTINO

(Prensalcór)